

LO DEMAS ES MENTIRA

Seguimos callados los tres, mirando el suelo.

Yo pienso en su grandeza, tan chiquitos que son, como nosotros nomás, y en su misterio. Más misteriosos que el gran pájaro de Nazca, pienso. Símbolo más mío que la cruz, pienso. Y pienso: monumento más de América que la fortaleza de Machu Picchu o las pirámides del sol y de la luna.

—¿Han visto un ahogado, alguna vez? —pregunta Julio.

Y dice:

—Yo sí. Los ahogados quedan contraídos, con el cuerpo en posición de... horror, y cuando los sacan están más rígidos que la madera. Si se hubieran ahogado, nadie hubiera podido abrazarlos así.

—¿Y si no se hubieran ahogado? Había otras maneras de morir.

—Tampoco, creo —me dice Julio—. Los muertos se endurecen rápido. Yo no sé... —vacila—. Karen sabe. Ella sabe, pero... No sé. No creo que... Están en una posición *ten* natural. Ningún enterrador hubiera sido capaz de eso. Ese abrazo es tan verdadero... ¿No te parece?

—Yo les creo —digo.

—¿A quién?

—A ellos —digo.

10 Malditos amantes de Zumpa que no me dejan dormir.

Me levanto, en mitad de la noche. Salgo al balcón, respiro hondo, abro los brazos.

Y los veo, traicionados por la luna, en algún punto del aire o del paisaje. Veo a los hombres desnudos que se arrastran en silencio por el manglar y acometen armados de puñales de piedra negra o filosos huesos de tiburón. Veo el sobresalto de ella y la sangre. Después, veo a los verdugos colocando sobre los cuerpos las pesadas piedras traídas desde lejos. Los primeros agentes del orden o los primeros sacerdotes de un dios enemigo ponen una piedra sobre la cabeza de él, otra sobre el corazón de ella y una piedra sobre cada sexo, para bloquear la salida de este humito que se fuga, humito mareador, humito de locura que pone al mundo en peligro —y sonrío sabiendo que no hay piedra que pueda con él.

11 A la mañana siguiente, el regreso.

La vegetación crece a medida que me alejo del páramo y por el aire se van alzando aromas verdes mientras entro al luminoso mundo mojado de Guayaquil. Me acompañan, para siempre, los que mejor murieron.

(En Ecuador, a mediados de 1980).

E. G.

Sobre la literatura chicana

LETRAS QUE ENTRAN CON SANGRE

FELIPE MELLIZO

NO hace mucho, en Salamanca, atendí lo mejor que pude a Juan Rulfo cuando hablaba de la lengua española en los Estados Unidos. La cosa tenía lugar en el ámbito de un Seminario organizado por una poderosa compañía de televisión mexicana, durante el cual, además de una considerable cantidad de vaguedades, se dijeron las tres o cuatro cosas inteligentes que cabe esperar siempre que se reúnen algunas personas. Bueno, esto de la suerte del castellano, o lo que queda de él, en los Estados Unidos, se está convirtiendo en un tema un poco sobado, que manejan a su antojo, por una parte, los patriotas de oficio y, por otra, los Académicos de la Lengua. Menos mal que Dámaso Alonso advirtió a los optimistas de algo inevitable e inminente: el idioma español ya no tendrá —si es que lo tiene ahora— su centro «cultural» en la España del año 2.000. Unos cientos de millones de seres humanos hablarán por el mundo varios «españoles» animosos, distintos, que, si todo transcurre como Dios manda, tendrán en

común lo más necesario del espíritu y lo más necesario de la técnica, que es la gramática. Lo demás habrá muerto, parcialmente a manos de la finchada petulancia de algunos santones y, en el gran resto, a manos de la vida.

METIDO en este asunto está el problema de los «hispanoparlantes» de los Estados Unidos, de los que no hace mucho y con la inercia habitual, se ha dicho en nuestra prensa que «estaban siendo adulados» por Carter y Reagan. Ya ven ustedes lo que son las cosas. La verdad es que bastantes millones de estadounidenses hablan un español. De ellos, el grupo más importante desde los puntos de vista cultural e histórico es el llamado «chicano», compuesto por las gentes mestizas que quedaron en territorio de los Estados Unidos a raíz del terrible tratado de Guadalupe-Hidalgo y de su esforzado «protocolo de Querétaro». No son más que parcialmente, los campesinos de César Chávez, californianos y «espaldas mojadas». Son los «indoamericanos» des-



Las exploraciones españolas en norteamérica. (Del libro de J. de Onís citado en el texto.)



«El nacimiento del indo-hispano», mural de Manuel Martínez. Dentro de unos años, España habrá dejado de ser el centro del idioma español.

cientos de los súbditos del rey de España y de los mexicanos que heredaron, de manera efímera, el pedazo más inmenso y emocionante del muerto Imperio. Dios lo tenga en su seno.

POSTERGADOS y humillados, olvidados y empobrecidos, exiliados y acostumbrados a su situación, estos «chicanos» pasaron más de un siglo sin que nadie se ocupara de ellos ni en México, ni desde luego, en España. En los Estados Unidos no fueron sino una evidencia molesta en los Estados en que abundaban y abundan, Arizona, Texas, Nuevo México, Colorado, Wyoming, alguno más. En el mejor de los casos, aportaban al paisaje eso que se llama «colorido local» y su presencia en el mundo de la cultura se reducía a la aparición fugaz de algún individuo achinado y cobrizo en las películas del Oeste, un «malosquisero» o un ordenanza leal como un cipayo al servicio del poderoso gringo. Aprendieron a usar el «spanish» y a sentir ante los blancos-anglosajones-protestantes una mezcla de miedo, respeto y rencor. O ni siquiera.

Febrero 1981

PERO el fenómeno era más que eso, José de Onís, en su fértil exilio, lo describió con más formalidad y cierta contenida emoción. *En el Sur y el Oeste de los Estados Unidos —dice— es un territorio donde predomina una cultura pastoral que en gran medida es de origen hispánico. Parte de esta región fue cedida por España en 1819, con el tratado de John Quincy Adams y Luis de Onís y el resto fue cedido por México en 1848, con el Tratado de Guadalupe-Hidalgo. Desde entonces se han formado de este territorio más de quince estados, casi la mitad de lo que es hoy la nación norteamericana. (1) Ahí, en ese ámbito de grandes horizontes, viven como pueden los Montoya, los Flores, los García, los Sedillo, los Córdova, los Quintana, los Benavidez... Son, como dijo Juan Rulfo en Salamanca, la frontera última de una cultura en decadencia, batiéndose sin saberlo como patrulleros de una avanzada.*

Pero ahora hablamos de su lengua, y no de otra cosa. En los últimos años, la «Causa» ha dado pasos al frente. Pudiera fijarse como fecha

1. La misiones españolas en los Estados Unidos, Nueva York, 1958.

inicial de esta especie de Renacimiento del Oeste el día 20 de octubre de 1972, por fijar algo. Ese día dio comienzo en Albuquerque, Nuevo México, el que fue llamado Primer Congreso Nacional de Tierra y Cultura. Asistían organizaciones chicanas que, sólo seis o siete años antes, habrían sido inconcebibles: la Alianza Federal de Pueblos Libres, Nosotros, La Raza Unida, Academia de la Nueva Raza, Hermandad Hispana... En los programas se imprimían palabras como «Harmonía», «Participantes», «Registación», y se recogían, como actas de nacimiento del pueblo «Indo-Hispano» la Ley II, título I, Libro VI de las Leyes de los Reynos de las Indias y la Ordenanza de Felipe II del 13 de julio de 1573. Todavía pueden ustedes conseguir más información sobre aquel Congreso si escriben a la Alianza Federal de Mercedes, que está en Albuquerque, en el número 1010 de la Calle Tercera Al Norte.

SIN embargo, no era ese Congreso, ni cualquier otro, ni tampoco la presión política, ni siquiera la irrupción tremenda de la televisión mexicana en los hogares al norte de Río Grande lo

LITERATURA CHICANA

que va a salvar eso de la lengua española que es dignamente salvable. Es la literatura. Cuando nazca y escriba en Albuquerque o Taos, en Laramie o San Antonio cualquier Octavio Paz o acaso un Pío Baroja aindiado, la última aventura de nuestro idioma tendrá porvenir.

Tal vez lo tenga ya. El Instituto Nacional de Bellas Artes de México edita semanalmente un periódico *-La Semana de Bellas Artes-*, modesto de aspecto y más rico de contenido que todas las publicaciones oficiales de nuestro Ministerio de Cultura. En uno de sus últimos números (18 junio de 1980), se trata en extenso de la literatura chicana, en cuestión de la que somos, naturalmente, ignorantes aunque parlanchines. Una historia de esa literatura debería empezar por Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Marcos de Niza, Junípero Serra o Gaspar de Portolá, por ejemplo, ya que en aquellas tierras y de aquellas tierras escribieron. José de Onís prefiere a Pablo Tac como protoescritor, y tiene razón. Este Pablo Tac, «neófito» es decir, indio, bautizado, escribió un tratado «sobre la conversión de los sanluiseños de la Alta California» que, además de estar bellamente escrito es, la primera pieza literaria chicana que merece ese nombre. En el libro de Onís que he citado ya, tienen ustedes el texto. Pablo Tac nació, para que en algún sitio conste, en la Misión de San Luis Rey de Francia en 1822. Estudió en México y en Roma y murió, mozo, en 1841.

ESCRIBE Luis Leal en «Semana de Bellas Artes» un guión extenso y serio de la literatura chicana hasta hoy. ¿Quién sabe aquí algo de Vicente Bernal o de Fray Angélico Chávez o de Mariano Azuela? Luego, a partir de 1943, año de revueltas y de «toma de conciencia», las letras chicanas se hacen revolucionarias, testimoniales. Rodolfo «Corky» González escribía:

*Yo soy Cuauhtemóc
orgullosa y noble
jefe de los hombres
soy el príncipe Maya,
soy Nezahualcóyotl...*

Este poeta, antiguo boxeador, debe tener ahora unos cuarenta y cinco años y vive y labora en Colorado, donde organizó una «Cruzada por la Justicia», editó un periódico llamado «El Gallo» y se vinculó, al menos tácticamente, con los «Panteras Negras».

Leal ha recogido otros muchos textos chicanos de hoy, aportando, además, un estudio bibliográfico sucinto

y útil que transcribe en una nota (2). En su antología de urgencia, Rosaura Sánchez firma un cuento, «La noche», tierno y difícilmente superable en cuanto al uso libre y ágil del español-mexicano: *Quiúbole, Flore, tiempos que no le veo. Pos aquí, yo también lavando mis garritas antes de irme pal hospital...* Hay otros narradores, finos y tristes, pero sin duda es la lírica la que florece con más talento y mayor firmeza. Fijense ustedes en Bárbara Brinson-Pineda, que nació en San Francisco, en 1956 y escribe:

*Despiértate, marido.
Bajo tu pelo se abren
campos de flores oscuras.
Los tizones de anoche
han explotado
en cenizas.*

2. Se han publicado ya varias antologías de literatura mexicana-norteamericana. Además de *El Espejo*, que contiene prosa y poesía, tenemos *The Chicano: Mexican-American Voices* (editado por Ed Ludwig y James Santibáñez, 1971); *Literatura chicana: texto y contexto* (editado por Antonia Castañeda Shular, Tomás Ybarra-Frausto y Joseph Sommers, 1972); *Aullán, An Anthology of Mexican-American Literature* (editado por Luis Valdez y Stan Steiner, 1972); *We are chicanos* (editado por Philip D. Ortego, 1973); *From the Barrio: A Chicana Anthology* (recopilado por Luis Omar Salinas y Lillian Faderman, 1973) y muchas otras.

(LEAL, Luis. En «Semana de Bellas Artes». México. 18-junio-80).



Los hispanoparlantes son un grupo que importa a los candidatos a la presidencia del país, pero que luego se olvida.

*Tus pezones dibujados como erizos de mar
duermen
bajo mis manos...*

Bernice Zamora, para la que la gloria de la «chicanidad» es un varón con cuerpo desnudo y tan moreno que resplandecía en el sol como un día de bronce, canta en «A tropezones en Stanford», así:

*Anoche
los lagartos del desierto
me pidieron canciones...*

Más rebelde, menos intimista, posiblemente más comprometido y más intrigado por el fascinante misterio del bilingüismo, es Alberto Baltazar Urista, que firma con el nombre de «Alurista».

*... en el océano perdidos
y separados, parados
en marketas de asfalto yankee
carruchas y gallinas fritas
por chevy y kentucky
el coronel barriendo consumidor
es
hambrienta lengua...
pero, pero, pero
-hay que parar
el tráfico de droga
que suple latinoamérica
... you know?*

Tino Villanueva, de inspiración más europea (ha vivido y tal vez siga viviendo en Madrid), es texano, de San Marcos. Hay algo en su poesía que recuerda a un lejano Leopoldo Panero:

*Aquella lluvia que arreció
[su inesperada furia,
abrileña y a su vez castigadora,
se negó a darnos tiempo
de ampliamente refugiarnos.*

AHORA que lo pienso, da lo mismo, en realidad, todo esto. Ninguna antología, ninguna nota de emergencia como ésta, servirá para acercarnos honda y honradamente a esas letras perdidas. Crear en ese lenguaje ya no es cosa nuestra, sino suya, de los mestizos perdidos en un tiempo y una distancia de sangre y de silencio. Por lo que sobreviven es por su voluntad de ser otros, por ser suyos, ni mexicanos ni españoles, sino poderosos dueños de una posibilidad vasta de expresión. Aquí nos sobra con repetir coplas inglesas, grotescos «cubatas» sin un rastro de dolor, o de nobleza. F.M.